



Ni chicha, ni limonada

David Unger

EL PADRINO

F&G
editores

Lecturas de cuarentena

Lecturas de cuarentena

El padrino, David Unger

© David Unger

El cuento “El padrino” forma parte de la colección de cuentos *Ni chicha, Ni limonada* de David Unger.

<http://www.fygeditores.com/FGNCNL9789993984023.htm>



F&G Editores

31 avenida “C” 5-54, zona 7

Colonia Centro América

Guatemala, Guatemala

Teléfonos: (502) 2292 3792 – (502) 5406 0909

informacion@fygeditores.com

www.fygeditores.com

EL PADRINO

Sal conocía a casi todos los del lado sur del *Jardín* de San Miguel. Esa era la zona donde vivían los pretenciosos –los americanos y los mexicanos ricos aspirantes a ser gringos– en enormes casas coloniales y donde los turistas paseaban sin apuro por las angostas calles empedradas de la ciudad. Para muchos visitantes, esta parte de San Miguel era adorable –un *corniche* mexicano con galerías de arte, iglesias, restaurantes y tiendas de antigüedades–.

En el lado norte del *Jardín*, cerca del Mercado y las derruidas casas de piedra, vivían los mexicanos pobres que habían vendido sus casas. Para la mayoría de los americanos, esta área podía transitarse durante el día –digamos, si querías ir a la carnicería o ver cómo solía ser San Miguel sin gringos–. Sin embargo, al atardecer se transformaba en tierra de nadie. Los perros aullantes corrían salvajes, los niños descalzos jugaban pelota en las alcantarillas

abiertas y las aceras tenían huellas de estiércol. Había cantinas por todas partes, las calles no estaban iluminadas: aquí era donde Sal vagaba de noche sin ser visto. Poco a poco había aprendido a distinguir los bancos alrededor de la Iglesia de San Francisco que eran seguros para encontrar a jóvenes mexicanos deseosos de ganar unos pocos pesos.

Un día en que caminaba por Hidalgo mientras iba a visitar a un neoyorquino que pasaba todo el mes de enero y febrero en la habitación seis del Hotel Quinta Loreto, Sal notó que una nueva tienda, *La Casa Tarascaña*, había abierto en la mitad de la cuadra.

Con curiosidad, Sal miro hacia el interior. A lo largo de la entrada y en una galería iluminada tenuemente había estatuillas de madera sobre estantes o colgadas a través de ganchos, de la pared. No se interesó por las numerosas esculturas diminutas –cabezas de ciervo o aves de pico largo–, pero había unas figuras de no más de un pie de altura, de apenas una pulgada de circunferencia y con brazos alargados o acortados, que parecían burlarse de él. Sal había visto miles de máscaras mexicanas –cabezas de diablo, serpientes, lobos semihumanos– que había descartado risueñamente como basura para turistas. Sin embargo, estas estatuas le parecían sorprendentes. No tenían cuellos, pero sus labios apretados y rostros se deleitaban en hacerlo sentir incómodo, vano o ridículo.

–¿Le gustan? –preguntó una voz en español. Sal alzó su mirada. Un hombre de cara dulce y ovalada, cabellos ondulados y color carbón estaba frente a él. Era bajo, aun para ser mexicano.

–Sí, son muy lindas –exageró Sal. Entrecerró un ojo, como si eso le permitiera ver mejor; caminó hacia el muro y observó cuidadosamente cada estatua.

–Las hacen los indios tarascanos. Pátzcuaro –dijo Sal.

–Ah, entonces usted ha estudiado arte mexicano.

Sal llevó sus manos a la cintura. –He hecho muchos viajes a Morelia, si realmente le interesa saber.

–*Very picturesque* –dijo el vendedor en inglés, usando un término que claramente había tomado de un folleto turístico–. En realidad, es más bella que San Miguel. Yo nací allí.

–¿Entonces por qué se fue de allí?

–Una herencia, masculló el hombre.

–Perdone, no lo entiendo.

–La familia de mi esposa es de aquí. Cuando murió su madre, heredamos esta casa. Es pequeña para todos nosotros, pero es más de lo que teníamos en Morelia.

–Ah, ¿entonces usted está casado?

–Sí –contestó el vendedor–, con Matilde.

*

Sal pasaba por *La Casa Tarascaña*, mañana de por medio, camino al mercado. Se sentía atraído por Raúl, pero estaba resuelto, al menos inicialmente, a mantener una relación padre-hijo con un hombre casado quince años menor. A Matilde no parecía importarle; estaba ocupada con sus hermanas y la

crianza de tres niñas. A los 28 años, era baja, regordeta y malhumorada. Sal estaba en lo cierto al sospechar que quedaba poco amor entre esta mujer y su marido; le parecía que la religión, que no era un tema menor, era lo que los mantenía juntos.

—No es el catolicismo —le aclaraba Raúl en sus conversaciones cada vez más francas—. La tradición. Ella es mi esposa. Soy su esposo. Me ha dado tres hijas, y quizás algún día me dé un hijo. Nos hemos cansado uno del otro, pero ¿qué podemos hacer?

—Existe el divorcio.

—Ah, ustedes los americanos, los verdaderos polígamos. Se casan, se divorcian, se casan, se divorcian, seis o siete veces. Como si se cambiaran la camisa.

—¡Eso no es poligamia!

—Llámalo como quieras.

—Estás sufriendo.

Raúl se encogió de hombros. Cuando sentía que no había salida, encontraba refugio en la bebida. Antes de conocer a Sal, bebía tequila o, si no podía pagarlo, compraba pulque que se vendía a 2500 pesos el litro. De noche, mientras su mujer y sus hijas dormían, Raúl era un alcohólico amenazante que se escabullía entre su casa y la tienda, como un becerro ciego.

Sal resultó ser un buen amigo que cubría de obsequios a la familia de Raúl y que se aseguraba de que las niñas de Raúl asistieran a *Las Casas*, la mejor escuela de San Miguel. Raúl lo aceptaba todo con gratitud, aunque sollozaba por dentro.

Una noche Sal apareció, desesperado luego de una seguidilla de seducciones fracasadas. Raúl lo

hizo pasar, sorprendido de ver a su amigo vagando a esas horas.

—¿Qué sucede? —le preguntó Raúl mientras lo acompañaba a la galería que funcionaba también como sala.

Sal se aferró a su mano y susurró: —Me siento solo.

Raúl comprendió. —Siéntate. Traeré hielo para nuestro vodka.

Se tomaron una botella entera: sollozaron, maldijeron, se confesaron. Un gato vecino maulló. La luna se elevó, roció luz desde el patio hacia la galería. Las figuras tarascanas parecían inusualmente rígidas. Sal y Raúl se besaron.

*

Matilde supo lo que había acontecido entre su esposo y Sal. No era el tipo de persona que se tragaba noticias y fruncía el ceño —si Sal hubiese sido una mujer, le hubiera arrancado los ojos—, pero Sal era amable con ella, generoso con su dinero. Además, de alguna manera había logrado que Raúl se convirtiera en un ser más comunicativo, menos encerrado en sus silencios negros. Y por primera vez desde el bautizo de su tercera hija, Raúl comenzó a acompañarla a la iglesia los domingos, aunque se resistía tercamente a confesarse. ¿Qué hubiera confesado Raúl? “Padre, he pecado. Toqué los genitales de un hombre”.

Tres semanas más tarde, Sal insistió en que Raúl y su familia se mudaran a vivir con él; tenía espacio y las figuras tarascanas se venderían mejor en la ruta turística de Recreo. Matilde podría alquilar su casa

y ganar dinero suficiente para enviar a sus hijas a la Universidad de Guanajuato cuando crecieran.

—¿Qué piensas, Matilde? —le preguntó Raúl cuando estuvieron solos.

—Es un buen gesto de Don Sal. Estaba zurciendo los calcetines usando un gran huevo de madera para resaltar los huecos.

Raúl se acercó, puso su mano en el hombro de su mujer. Ella no se movió.

—Realmente no quieres mudarte —interpretó Raúl.

Ella puso el huevo y la aguja de zurcir sobre su regazo, estiró un calcetín verde para ver si el hueco había sido arreglado. —¿Y desde cuándo te importa lo que pienso?

Raúl nunca había hablado de su relación con Sal, con la esperanza de que el silencio desmintiera las miradas secretas. —No quiero perturbarte...

Arrojó el calcetín sobre su regazo. —¿Por qué? ¿Por qué lo besaste? —preguntó, examinando sus ojos sin brillo.

Los suyos de repente se inundaron.

—Estás molesta —dijo su esposo, tratando de tocarla.

Ella lo rechazó. ¿Qué debería hacer? ¿Cantar?

La boca de Raúl anhelaba un trago.

Matilde se secó los ojos con el delantal. —¿Aún me amas, Raúl?

—Eres mi esposa. La madre de mis hijas. ¿Cómo podría no amarte? —contestó evasivamente.

—¿Me dejarás darte un hijo?

La miró nervioso. Su cuerpo despertaba fuera de control. —Si eso te hiciera feliz.

Matilde lo tomó de los hombros y besó su frente humedecida.

*

Pocos días antes de que se mudaran, Sal recibió una carta de Harry –un hombre que Sal había conocido mientras estaba apostado en Fort Bliss durante la Guerra de Corea– diciendo que posiblemente vendría a México pronto. Rara vez se habían carteadado en los últimos años, y la última noticia que Sal había recibido era que Harry había regresado a Boston para cuidar a sus padres enfermos. Harry llegó más tarde ese mismo día.

–Pero Harry, hoy recibí tu nota diciendo...

–Lo sé, lo sé, Sal, pero es que simplemente no podía esperar.

–Te ves mal, Harry –era duro para Sal decirlo, pero su amigo parecía disecado: tenía manchas amarillentas en su roja cara irlandesa, una barba crecida en su mayor parte blanca, con partes de su cabello que no existían en su cabeza. Sus músculos, que alguna vez fueron fornidos, ahora languidecían, deseosos de separarse de sus huesos. –¿Quieres un trago?

–Consígueme una botella de ron –resopló Harry, desplomándose en una silla de lona en el patio soleado.

Después de Fort Bliss, Sal y Harry habían vivido juntos en Denver. Mientras que Sal ingresó a la escuela de negocios y luego trabajó como tenedor de libros de una empresa ganadera, Harry adhirió a los programas de hágase-rico-rápidamente: in-

virtió en la exploración de petróleo en la región El Pedernal en Oklahoma, luego en minas de oro en British Columbia, siempre sin éxito. Luego Harry convenció a Sal, durante una noche de juerga, para que se mudara a Taxco. Harry abriría una joyería mayorista en Boston, con el dinero de sus padres, y Sal le enviaría plata y piedras semipreciosas desde México. El proyecto duró dos años hasta que Harry quebró.

Sal permaneció otro año en Taxco enseñando matemáticas y contabilidad en una escuelita dirigida por una viuda suizo-mexicana. Luego alguien le dijo que el Paraíso existía en una pequeña ciudad mexicana llamada San Miguel. Sal se estableció en una casa en Recreo: se transformó en el asesor comercial de jubilados americanos que compraban mansiones abandonadas a precios irrisorios, abrió tiendas de especialidades para turistas y todos los años patrocinaba una rifa para los niños pobres mexicanos. Lo acogieron con entusiasmo, lo admitieron en los juegos de bridge de la comunidad gringa cada vez más numerosa. Era un hombre dulce, es verdad, pero estaban deseosos de hacer la vista gorda a sus excentricidades. Ciertamente, ellos tampoco eran perfectos, ellos que vivían exclusivamente para la hora del cóctel y para urdir planes que aseguraran que San Miguel siempre tuviera una nueva provisión de empleados domésticos.

*

—Mis padres murieron el mes pasado, resopló Harry.

–No –gimió Sal, al tiempo que le acercaba un ron con coca–. ¿Un accidente automovilístico?

–Casi que lo desearía.

–¿Entonces, qué pasó?

–Doble suicidio. El médico sigue diciendo eutanasia. *Euthanasia*. ¿Te das cuenta, Sal? ¡*Youth-in-Asia*! ¡Deberíamos estar ahí, hermano! ¡Esmeraldas gigantes, lapislázuli, millones de jovencitos! –dijo, alocadamente, tragando todo el trago de una vez.

Sal puso su vaso en una mesa de hierro forjado y abrazó a su amigo. –¡Ay, pobre de ti, pobre de ti!

–Ya no voy a tener que esconder mis viajes a la zona de combate –dijo Harry, apartándose–. Además, ¡ahora soy un hombre rico!

–Bueno, eso es una compensación...

Los ojos de Harry eran como dos cerezas en jarabe. –Lo que sucede, Sal, es que tengo cáncer de páncreas. No llego a la próxima Navidad.

De repente Sal se sintió débil; sus piernas se meneaban como las de una marioneta y Harry tuvo que sentarlo. Con San Miguel en medio de su calma de agosto –con su cielo de barniz azul desde el amanecer al anochecer– se le hacía difícil imaginar la muerte. Una especie de vivificante belleza eterna pendía del aire. Los únicos sonidos eran los trinos infrecuentes de las garzas que anidaban en los árboles del Parque Juárez.

Harry, ahora el anfitrión, acercó a Sal su trago y se sentó. Los dos amigos saborearon silenciosamente el ron, un tanto áspero para la garganta anudada de Sal. Su vida había estado mejorando en los últimos tiempos, Raúl y su familia se muda-

ban con el y allí estaba Harry. Sus padres muertos, viviendo solo y ahora...

–Debe valer doscientos mil.

–Disfrútalo, dijo Sal.

–Como el diablo. ¡No puedo mear ni cagar sin que me duela!

Sal vació su vaso, dejó que los cubos de hielo jugaran en su boca. Su cabeza navegaba; sentía la lengua espesa.

–Puedes quedarte conmigo, Harry, lo sabes. Te cuidaré. Será como en los viejos tiempos. Te gustará estar aquí en San Miguel. Buen clima, gente agradable. Las calles te recordaran las de Beacon Hill.

Harry contempló a su amigo. –No puedo. El tratamiento. Estoy aquí por unos pocos días. Éste es el adiós, compañero.

–No hablemos de eso. Estas aquí para olvidar.

–Sí, para olvidar.

Tomaron durante toda la tarde, recordando los viejos tiempos, todos los contratiempos. Aquella noche, mientras comían un guisado que había sobrado del mediodía, comenzó a agitarse un viento del sur. Un rato más tarde, empezaron a resonar los truenos, había relámpagos y la lluvia caía torrencialmente. Se apagaron las luces y Sal trajo una vela al comedor.

–Es irónico –dijo Harry–. Esperé como un buitre a que se murieran, fueron tan amables que se apresuraron, y ahora estoy solo un paso detrás de ellos.

Sal puso la vela en el piso. –¡Coraje, Harry! ¡Todavía puedes derrotar a esta cosa!

Harry meneó la cabeza. –No entiendes. Siento que algo me carcome por dentro. No se parece a nada. Hasta los doctores están confundidos. No debería sentirme tan débil. Mierda, me dijeron que este viaje me mataría. No debería estar aquí.

–Ah. Los médicos. Son todos unos cínicos.

Harry asintió, y luego se quitó el anillo con una turquesa incrustada. –Quiero que lo guardes. He adelgazado tanto que tengo que usarlo en el índice. ¿Te acuerdas cómo lo conseguí?

–Claro. ¡Convenciste a uno de esos broncos de Texas a que te lo cambiara por uno de tus pozos secos de petróleo! –Sal se probó el anillo en cada dedo–. ¡Mierda Harry, es tan grande que tendré que usarlo en el pulgar!

Harry cerró la mano de Sal con el anillo. –Es tuyo y ni una palabra más.

Los dos hombres se abrazaron a la luz de la vela, mientras la lluvia caía formando pequeñas cascadas que se vaciaban en la calle. Desde la ventana que daba a la calle, un par de ojos vieron a los dos hombres acariciándose. Los ojos que miraban tenían su propia humedad, a pesar de la lluvia.

*

Dos días después, mientras la lluvia seguía cayendo, Sal puso a Harry en un taxi hacia la Ciudad de México. Entonces Raúl, Matilde, y sus tres niñas se mudaron. Por su parte, Sal estaba emocionado: era la primera vez desde su infancia que era parte de una familia. Más que una parte, Sal era la cabeza de la familia, algo que pensaba que, por su pasión, estaría negado para él para siempre. Con gran fan-

farría les dio a las niñas la recámara con la litera triple que había hecho fabricar especialmente. Dio su recámara a Raúl y su esposa y reservó para sí la alcoba alejada del living. Una cama simple, un tocador, un escritorio y una silla tambaleante: una verdadera existencia espartana. Y donde había estado su oficina, había ahora un mini museo de las figuras tarascanas que se completaba con colgantes en las paredes y un biblioteca de libros de arte folclórico.

A las tres semanas, Sal recibió la noticia de que Harry había muerto. Se sintió muy mal, parcialmente mutilado, pero con la cabeza rizada, aunque malhumorada, de Raúl sobre su pecho, la muerte de Harry era tolerable. Además, Matilde se había vuelto alegre cuando estaba con él y ahora las niñas se sentaban en su regazo.

Sal sentía que había renacido a sus cuarenta y tantos. Besaba el anillo de Harry, repitiéndose una y otra vez: —¡Estoy vivo, estoy vivo!

Una noche en que Sal jugaba bridge con sus amigos americanos, Matilde se acercó a su esposo. —¿Aún me amas?

Raúl había estado bebiendo, más que de costumbre, desde la noche en que había visto a Sal y Harry abrazados: —Sabes que sí —dijo, casi sin sentimiento.

—Estoy embarazada, anunció.

La miró enigmáticamente.

—De dos meses. Y Ángela está segura de que será un varón.

—¿En serio?

—Lo que siempre quisiste, Raúl. ¡Un varón que herede tu nombre!

*

Raúl nunca encontraba la forma de darle la noticia a Sal del embarazo de su mujer. Cuando Matilde se lo dijo, aproximadamente en su tercer mes, Sal explotó, abofeteó a Raúl en un ataque producto de la borrachera. Gritó a lo loco, despertó a las niñas; Matilde amenazó con llamar a la policía. A la mañana, cuando Sal ya estaba sobrio, felicitó a Matilde y rogó a Raúl, cuyo ojo derecho estaba tan hinchado que casi se cerraba, que lo perdonase.

Raúl perdonó, pero sólo en palabras. Aquel domingo, fue a la iglesia con Matilde y las chicas, se quedó después de la misa, rondó por las proximidades de la Parroquia y el Jardín. A las 14 horas siguió a un cura y a dos mujeres vestidas de negro hacia el interior de la iglesia. Rezó y encendió velas mientras que las mujeres se turnaban en el confesionario.

Cuando terminaron, Raúl entró al confesionario y esperó. El cura abrió el compartimiento y dijo: “¿Sí?”, a través del enrejado. Dudó un momento antes de decir: —Perdóneme Padre porque he pecado —y sabía que diría la verdad, toda.

Ya fuera de la iglesia, Raúl se sentó en un banco bajo un árbol de laurel y miró el fluir de paseantes de domingo que desfilaban. El sol brillaba con aspereza, y la fachada de la iglesia parecía ante sus ojos una cruz gigante. Tenía esperanza de encontrar el alivio al recitar sus Avemarías, pero cada uno era un azote en su espalda, y se sentía más confuso por

dentro. El chirrido de los cuervos en los árboles parecía venir desde su interior, desde su corazón pecaminoso.

Cuando Raúl llegó a la casa, su esposa y las chicas habían salido a visitar a la hermana de Matilde. Sal estaba sentado solo en el sofá de funda verde entre las estatuas, bebiendo vodka con hielo y leyendo *Atención*, el periódico local en inglés.

–Pensé que llegarías más temprano –dijo Sal, mirándolo por encima de sus lentes de lectura.

–Me reuní con unos amigos, contestó Raúl.

–Y, ¿eran agradables?

–Sí. Nos sentamos y charlamos.

–¿Eso es todo? –La mano de Sal temblaba mientras servía un trago para Raúl.

–Sí.

Sal retiró unos pocos mechones de pelo de la frente mojada de Raúl. –Pensé que como tu familia estaba de paseo, podíamos estar solos, sin tener que escondernos.

–Lo siento –Raúl tragó el vodka de una sola vez.

–¿Eso es todo lo que puedes decir?

Raúl levantó la mirada. –Me confesé con el cura.

Sal levantó las cejas y silbó; luego se recostó.

–¿De verdad?

–Sí.

–¿Todo? ¿También sobre nosotros?

–Todo.

–¿Y qué dijo el cura?

–Estaba horrorizado.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Sal con enfado.

–Me dijo que había cometido un pecado mortal.

–Ya veo...

–Me ordenó rezar treinta Avemarías.

–¿Son muchos?

–Sí.

–¿Muy muchos?

–Estaría condenado al infierno si no me hubiese confesado.

Sal se dejó caer bruscamente en su silla. Comenzó a sorber un pedazo de hielo.

–El cura no podía creer que yo estuviera contigo y Matilde –continuó Raúl.

–¿Le contaste del embarazo?

–Sí. Y empezó a gemir y hacerse la señal de la cruz.

Sal se levantó atontadamente, asió la botella de vodka por el cuello, llenó su vaso hasta el borde.

–Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Raúl permanecía sentado inerte, con su vaso en la mano, mirando hacia el piso, sin decir palabra.

*

Raúl agarró una borrachera que parecía no tener fin. Sal le negó su licor, pero Raúl se las ingenió para conseguir dinero suficiente para comprar pulque en botellas de plástico transparente. Lo bebía como agua y comía solo bolillos y queso. Matilde perdió la paciencia la mañana en que encontró a su esposo durmiendo sobre una cuneta mugrosa al lado de su vieja casa de la calle Hidalgo: trató de hacerlo entrar en razón remarcándole sus obligaciones con sus hijos, especialmente con el que estaba en camino,

pero Raúl parecía inalcanzable, como si algo más poderoso lo guiara desde adentro. Ella comenzó a odiar a Sal por lo que había pasado unos pocos meses antes.

—¿Qué haré si mi marido se muere, marica?

—Por favor, Matilde, no me llames así. Y tu marido no va a morir.

—Mira sus dientes —gruñía—, se están poniendo negros. Y su piel ya está amarilla.

—Dr. Tovar dice que va estar bien una vez que deje de tomar.

—¿Y cuándo será ese día? ¿El de Todos los Santos?

—Debemos evitar que tenga dinero. Voy a cerrar la tienda.

Cuando dijo esto, Matilde se echó a reír. —No es de allí de donde lo saca. Tú le enseñaste cómo hacerlo. Se prostituye, marica. ¡Mis hermanas lo han visto tratando de ligar con hombres!

—No te creo —respondió Sal—. Lo dices solo por lastimarme.

—Idiota —maldijo Matilde—. ¿No entiendes nada? —Luego se levantó la falda, y sujetó los cinco meses de carne creciente—. Dime, ¿quién va cuidar de esto?

*

Cuando Raúl murió, Sal estaba aletargado. Era como si Raúl y Harry hubiesen muerto la misma noche, y como si él, Sal, estuviera siendo aporreado por un sufrimiento doble. Matilde —en plena angustia del duelo— amenazó con mudarse a otro lugar, pero nunca lo hizo. Su ira se enfrió en indiferencia

cuando Sal reveló, casi como una indiscreción, que había prometido a su amante, antes de morir, que velaría por su mujer e hijos. El día del entierro de Raúl, los hijos comenzaron a llamar a Sal *padrino* —como si lo enaltecieran con un título muy superior al de simplemente “padre”—.

En la comunidad americana se empezó a crear una historia que relataba cómo Sal había fraternizado con un alma en problemas y cuando el hombre murió repentinamente, Sal había sacado a flote a toda su familia. Era una especie de héroe folk, *Atención* escribía sobre él y hasta se lo mencionaba en un artículo de viajes del *Mexico City News*. Se transformó de inmediato en el invitado de honor de los cócteles; hasta fue presentado a Lady Bird Johnson cuando visitó San Miguel y se alojó en el Hotel Sierra Nevada por una semana.

Y cuando se llevó a cabo la rifa anual a beneficio del niño mexicano, Sal recibió un premio especial por haber “adoptado” una desafortunada familia mexicana. Se referían a él como el proveedor desinteresado, a punto tal que la mujer del hombre fallecido bautizó a su cuarto hijo con su nombre. Sal estaba agradecido por tanta atención, ya que le daba ese cierto estatus que lo había evadido durante todos esos años en San Miguel.

Se transformó en el alcalde no oficial de la ciudad.

Sin embargo, todas estas distinciones no podían borrar el vacío que sentía, especialmente de noche, cuando cesaban las lluvias del atardecer. Con el tiempo, Sal empezó a frecuentar las calles del lado norte del Jardín de San Miguel como solía

hacerlo muchos años atrás. Hubo cambios: los mexicanos jóvenes eran más numerosos, parecían más descarados, se drogaban, el resultado de cinco devaluaciones del peso. Existía el miedo al sida. Y la iglesia de San Francisco había instalado luces en los alrededores del parque, pero las luces colgaban por encima del follaje de los árboles y aún mantenían al suelo en la oscuridad.

Aquí, al lado de la iglesia, en los bancos de hierro forjado, Sal se sentía más seguro.

Traducido por Playboy México.

El cuento “El padrino” forma parte de la colección de cuentos *Ni chicha, Ni limonada* de David Unger.

Si desea leer el libro completo, lo puede pedir a domicilio:

Artemis Libros, WhatsApp: +502 4259-9714

De Museo, WhatsApp: +502 5513-6060

Fondo de Cultura Económica: 5017-3130

Piedrasanta: 5966-1372

Sophos, WhatsApp: +502 5690-7214

#YoLeoEnCasa